

carísimos, por aquel amor tan entrañable que Dios ha plantado en nuestros corazones, con que nos amamos unos á otros, que con vuestras fervorosas oraciones me alcanceis espíritu del Señor, para imitar de véras la vida y santidad de Ignacio, cuya constancia en abatirse, la aspereza en castigarse, la fortaleza en los peligros, la quietud y seguridad en medio de todas las olas y torbellinos del mundo, la templanza y modestia en las prosperidades, en todas las cosas alegres y tristes, la paz y gozo que tenia su ánima en el Espíritu Santo, debemos tener nosotros siempre delante, y poner los ojos en aquel lucido escuadron de heroicas y singulares virtudes que le acompañaban y hermozeaban, para que su vida nos sea dechado, y como un verdadero y perfectísimo dibujo de nuestro instituto y vocacion, á la cual nos llamó el Señor, por su infinita bondad, por medio de este glorioso capitán y padre nuestro; que siguiéndole nosotros por estos pasos, como verdaderos hijos suyos, no podremos ir descaminados, ni dejar de alcanzar lo que él para sí y para sus verdaderos hijos alcanzó.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DE IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del nacimiento y vida de Ignacio antes que Dios le llamase á su conocimiento.

Iñigo de Loyola, fundador y padre de la Compañía de Jesus, nació de noble linaje, en aquella parte de España que se llama la provincia de Guipúzcoa, el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y uno, presidiendo en la silla de San Pedro Inocencio, papa octavo deste nombre, y siendo emperador Federico III, y reinando en España los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa y esclarecida memoria. Fué su padre Beltran de Loyola, señor de la casa de Loyola y cabeza de su ilustre y antigua familia. Su madre se llamó doña María Sonnez, matrona igual en sangre y virtud á su marido. Tuvieron estos caballeros cinco hijas y ocho hijos, de los cuales el postrero de todos, como otro David, fué nuestro Iñigo, que con dichoso y bienaventurado parto salió al mundo para bien de muchos, á quien llamaremos de aquí adelante Ignacio, por ser este nombre más comun á las otras naciones, y en él más conocido y usado. Pasados, pues, los primeros años de su niñez, fué enviado de sus padres Ignacio á la corte de los Reyes Católicos. Y comenzando ya á ser mozo y á hervirle la sangre, movido del ejemplo de sus hermanos, que eran varones esforzados, y él, que de suyo era brioso y de grande ánimo, dióse mucho á todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar. El año, pues, de mil y quinientos y veinte y uno, estando los franceses sobre el castillo de Pamplona, que es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada dia más, los capitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de socorro, trataron de rendirse, y pusiéranlo luego por obra, si Ignacio no se lo estorbára, el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso coraje para resistir hasta la muerte al frances. Mas, como los enemigos no aflojasen punto de su cerco, y continuamente

con cañones reforzados batiesen el castillo, sucedió que una bala de una pieza dió en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha de manera, que se la dejarretó y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ignacio, los demás que con su valor se esforzaban, luego desmayaron, y desconfiados de poderse defender, se dieron á los franceses, los cuales llevaron á Ignacio á sus reales, y sabiendo quién era, y viéndole tan mal parado, movidos de compasión, le hicieron curar con mucho cuidado. Y estando ya algo mejor, le enviaron con mucha cortesía y liberalidad á su casa, donde fué llevado en hombros de hombres en una litera. Estando ya en su casa, comenzaron las heridas, especialmente la de la pierna derecha, á empeorar. Llamáronse nuevos médicos y zurujanos, los cuales fueron de parecer que la pierna se había otra vez de desencasar, porque los huesos (ó por descuido de los primeros zurujanos, ó por el movimiento y agitacion del camino áspero) estaban fuera de su juntura y lugar, y era necesario volvérselos á él, y concertarlos para que se soldasen. Hízose así con grandísimos tormentos y dolores del enfermo, el cual pasó esta carnicería que en él se hizo, y todos los demás trabajos que despues le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiracion; porque ni mudó color, ni gimió, ni sospiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza. Crecia, con todo esto, el mal más cada dia, y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenía de su vida, y avisáronle de su peligro. Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano, armóse de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesucristo, nuestro Redentor, nos dejó para nuestro remedio y defensa. Ya parecia que se iba llegando la hora y el punto de su fin, y como

los médicos le diesen por muerto si hasta la media noche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fué Dios, nuestro Señor, servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor, porque en los tiempos atras siempre Ignacio le había tenido por particular patron y abogado, y como á tal le había reverenciado y servido, y así le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venia á favorecer y le traía la salud. Librado ya de este peligroso trance, comenzáronse á soldar los huesos y á fortificarse; mas quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nascía de la misma pierna, que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrechada, de suerte que no podía andar ni tenerse sobre sus piés. Era entónces Ignacio mozo lozano y polido, y muy amigo de galas y de traerse bien, y tenía propósito de llevar adelante los ejercicios de la guerra, que había comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero á los zurujanos si se podía cortar, sin peligro de la vida, aquel hueso que sobresalía con tanta deformidad; y como le dijiesen que sí, pero que sería muy á su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura; no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decía, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito. Y (como yo le oí decir) (1) por poder traer una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba, ni fué posible sacarle dello, ni persuadirle otra cosa. Quisieronle atar para hacer este sacrificio, y no lo consintió, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estúvose con el mismo semblante y constancia que arriba dijimos, así snelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón. Cortado el hueso, se quitó la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, con muchos remedios de unciones y emplastos, y ciertas ruedas é instrumentos con que cada día le atormentaban, estirando y extendiendo poco á poco la pierna, y volviéndola á su lugar. Pero, por mucho que la desencogieron y retiraron, nunca pudo ser tanto, que llegase á ser igual al justo con la otra.

CAPÍTULO II.

Cómo le llamó Dios, de la vanidad del siglo, al conocimiento de sí.

Estábase todavía nuestro Ignacio tendido en una cama, herido de Dios, que por esta vía le quería sanar, y cojo, como otro Jacob, que quiere decir

(1) Y él decía. (Riv.)

otro batallador, para que le mudase el nombre, y se llamase Israel, y viniese á decir «Vi á Dios cara á cara, y mi ánima ha sido salva.» Pero veamos por qué camino le llevó el Señor, y cómo ántes que viese á Dios, fué menester que luchase y batallase. Era en este tiempo muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías, y para pasar el tiempo, que, con la cama y enfermedad, se le hacía largo y enfadoso, pidió que le trujesen algún libro de esta vanidad. Quiso Dios que no hubiese ninguno en casa, sino otros de cosas espirituales, que le ofrecieron; los cuales él aceptó, más por entretenerse en ellos que no por gusto y devoción. Trujéronle dos libros, uno de la vida de Cristo, nuestro Señor, y otro de vidas de santos, que comunmente llaman *Flos Sanctorum*. Comenzó á leer en ellos, al principio (como dije) por su pasatiempo, despues poco á poco por afición y gusto. Porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto más se tratan, más sabrosas son. Y no solamente comenzó á gustar, mas también á trocarle el corazón, y á querer imitar y obrar lo que leía. Pero, aunque iba nuestro Señor sembrando estos buenos deseos en su ánima, era tanta la fuerza de la envejecida costumbre de su vida pasada, tantas las zarzas y espinas de que estaba llena esta tierra yerma y por labrar, que le ahogaba luego la semilla de las inspiraciones divinas con otros contrarios pensamientos y cuidados. Mas la divina misericordia, que ya había escogido á Ignacio por su soldado, no le desamparaba, ántes le despertaba de cuando en cuando, y avivaba aquella centella de su luz, y con la fresca lición refrescaba y esforzaba sus buenos propósitos, y contra los pensamientos vanos y engañosos del mundo, le proveía y armaba con otros pensamientos cuerdos, verdaderos y maticos. Y esto de manera, que poco á poco iba prevaleciendo en su ánima la verdad contra la mentira, y el espíritu contra la sensualidad, y el nuevo rayo y luz del cielo contra las tinieblas palpables de Egipto. Y juntamente iba cobrando fuerzas y aliento para pelear y luchar de veras, y para imitar al buen Jesús (2), nuestro capitán y Señor, y á los otros santos, que por haberle imitado merecen ser imitados de nosotros. Hasta este punto había ya llegado Ignacio, sin que ninguna dificultad de las muchas que se le ponían delante fuese parte para espantarle y apartarle de su buen propósito; pero sí para hacerle estar perplejo y confuso, por la muchedumbre y variedad de pensamientos con que por una parte el demonio le combatía, queriendo continuar la posesion que tenía de su antiguo soldado, y con que por otra el Señor de la vida le llamaba y convidaba á ella, para hacerle caudillo de su sagrada milicia. Mas entre los unos pensamientos y los otros había gran diferencia; porque los pensamientos del mundo tenían dulces entradas y amargas salidas, de suerte que á los

(2) Este italismo deió incorrecto hasta la quinta edición inclusive, en la cual todavía imprimió *Jesu* por *Jesus*.

principios parecían blandos y halagüeños, y regaladores del apetito sensual; mas sus fines y dejos eran, dejar atravesadas y heridas las entrañas, y el ánima triste, desabrida y descontenta de sí misma. Lo cual sucedía muy al revés en los otros pensamientos de Dios; porque cuando pensaba Ignacio lo que había de hacer en su servicio, cómo había de ir á Hierusalén, y visitar aquellos santos lugares, las penitencias con que había de vengarse de sí, y seguir la hermosura y excelencia de la virtud y perfeccion cristiana, y otras cosas semejantes, estaba su ánima llena de deleites, y no cabía de placer mientras que duraban estos pensamientos y tratos en ella. Y cuando se iban, no la dejaban del todo vacía y seca, sino con rastros de su luz y suavidad. Pasaron muchos días sin que echase de ver esta diferencia y contrariedad de pensamientos, hasta que un día, alumbrado con la lumbrera del cielo, comenzó á parar mientes y mirar en ello, y vino á entender cuán diferentes eran los unos pensamientos de los otros en sus efectos y en sus causas. Y de aquí nació el cotejarlos entre sí, y los espíritus buenos y malos, y el recibir lumbrera para distinguirlos y diferenciarlos. Y éste fué el primer conocimiento que nuestro Señor le comunicó de sí y de sus cosas; del cual, acrecentado con el continuo uso y con nuevos resplandores y visiones del cielo, salieron despues, como de su fuente y de su luz, todos los rayos de avisos y reglas que el buen padre en sus ejercicios nos enseñó, para conocer y entender la diversidad que hay entre el espíritu verdadero de Dios y el engañoso del mundo; porque primeramente entendió que había dos espíritus, no solamente diversos, sino en todo y por todo tan contrarios entre sí, como son las causas de donde ellos proceden, que son luz y tinieblas, verdad y falsedad, Cristo y Belial. Despues desto, comenzó á notar las propiedades de entrambos espíritus, y de aquí se siguió una lumbrera y sabiduría soberana, que nuestro Señor infundió en su entendimiento, para discernir y conocer la diferencia destes espíritus, y una fuerza y vigor sobrenatural en su voluntad, para aborrecer todo lo que el mundo le representaba, y para apetecer y desear y proseguir todo lo que el espíritu de Dios le ofrecía y proponía; de los cuales principios y avisos se sirvió despues por toda la vida. Desta manera, pues, se deshicieron aquellas tinieblas, que el príncipe dellas le ponía delante. Y alumbrados ya sus ojos, y esclarecidos con nuevo conocimiento, y esforzada su voluntad con este favor de Dios, dióse prisa y pasó adelante, ayudándose por una parte de la lición y por otra de la consideracion de las cosas divinas, y aperebiéndose para las asechanzas y celadas del enemigo. Y trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto más cierto y más seguro que hasta allí, y destejer la tela que había tejido, y desmañar los embustes y enredos de su vanidad, con particular aborrecimiento de sus pecados y deseo

de satisfacer por ellos, y tomar venganza de sí, que es comunmente el primer escalon que han de subir los que por temor de Dios se vuelven á él. Y aunque entre estos propósitos y deseos se le ofrecían trabajos y dificultades, no por eso se desmayaba ni se entibiaba punto su fervor; ántes, armado de la confianza en Dios, como con un arnés tranzado de piés á cabeza, decía: «En Dios todo lo podré; pues me da el deseo, también me dará la obra. El comenzar y acabar, todo es suyo.» Pero con todo esto, no se determinó de seguir particular manera de vida, sino de ir á Hierusalén despues de bien convallescido, y ántes de ir, de mortificarse y perseguirse con ayunos y disciplinas y todo género de penitencias y asperezas corporales, y con un enojo santo y generoso, crucificarse y mortificarse y hacer anatomía de sí. Y así, con estos deseos tan fervorosos que nuestro Señor le daba, se resfriaban todos aquellos feos y vanos pensamientos del mundo, y con la luz del Sol de justicia, que ya resplandecía en su ánima, se deshacían las tinieblas de la vanidad y desaparecían, como suele desaparecerse y despedirse la obscuridad de la noche con la presencia del sol. Estando en este estado, quiso el Rey del cielo y Señor, que le llamaba, abrir los senos de su misericordia para con él, y confortarle y animarle más con una nueva luz y visitacion celestial. Y fué así, que estando él velando una noche, le apareció la esclavada y soberana Reina de los ángeles, que traía en brazos á su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su claridad le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta vision, la cual causó en él tan grande aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y deshonesto deleite, que parecía que quitaban y raían de su ánima, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vió que no fué sueño, sino verdadera y provechosa esta visitacion divina, pues con ella le infundió el Señor tanta gracia y le trocó de manera, que desde aquel punto hasta el último de su vida guardó la limpieza y castidad de su ánima sin mancha, con grande entereza y puridad. Pues estando ya con estos propósitos y deseos, y andando como con dolores de su gozoso parto, su hermano mayor y la gente de su casa fácilmente vinieron á entender que estaba tocado de Dios y que no era el que solía ser; porque, aunque él no descubría á nadie el secreto de su corazón, ni hablaba con la lengua, pero hablaba con su rostro, y con el semblante demudado y muy ajeno del que solía. Especialmente viéndose en continua oracion y leccion, y en diferentes ejercicios que los pasados; porque ni gustaba ya de gracias ni donaires, sino que sus palabras eran graves y medidas, y de cosas espirituales y de mucho peso, y se ocupaba buenos ratos en escribir. Y para esto había hecho encuadernar muy polidamente un libro, en el cual para su memoria, de muy escogida letra (que era muy buen escribano), escri-